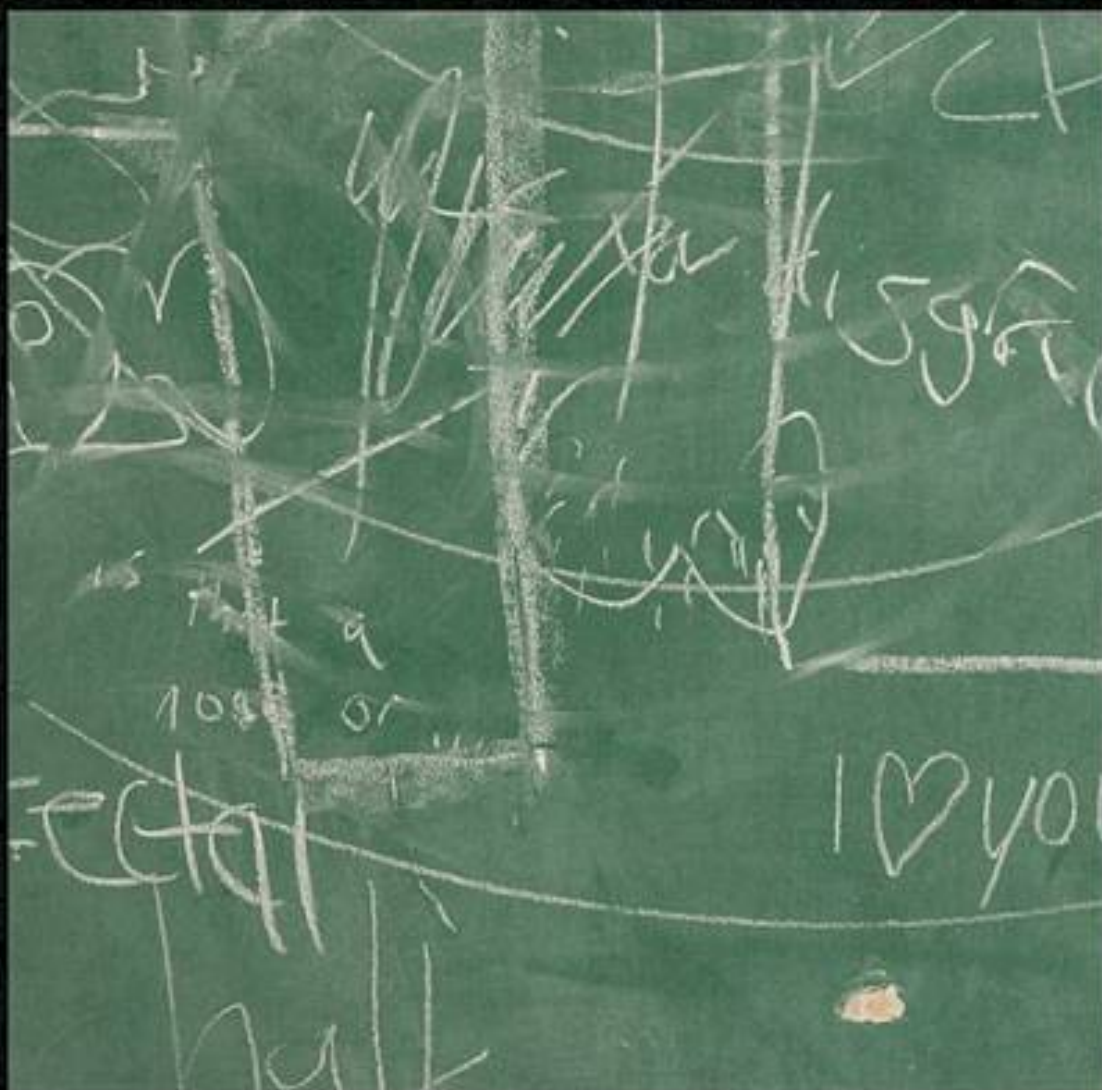


Toni Sala

Crónica de un profesor en secundaria

El mundo de la enseñanza desde dentro



ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
PRIMER TRIMESTRE
SEGUNDO TRIMESTRE
TERCER TRIMESTRE
CRÉDITOS

SINOPSIS

Crónica de un profesor en secundaria es exactamente lo que indica su título: el relato de los hechos que, a lo largo de un curso, llenan la vida laboral de una persona que trabaja enseñando en un instituto. Este relato, pues, nos ofrece un testimonio de primera mano de lo que supone para un profesor (de lengua y literatura castellanas, por ejemplo) ejercer su oficio en un centro público de enseñanza secundaria. El trato con los alumnos y con los colegas; las decisiones personales y las reuniones de claustro; los problemas de método y de disciplina y las deficiencias manifiestas del sistema; las clases, las salidas, los exámenes, las evaluaciones, todo esto y mucho más queda reflejado en este libro necesario. La descripción del transcurso de cada trimestre, la narración de las anécdotas del día a día y los momentos de reflexión se acompañan, en esta crónica, para articular una visión personal, compleja y significativa de un mundo que nos interesa y nos afecta a todos.

Toni Sala

Crónica de un profesor en se- cundaria

El mundo de la enseñanza desde dentro

Traducción de Eva Muñoz

ediciones península

Ser profesor de instituto desimprime carácter. No sé si por el trato pedagógico con la adolescencia, la edad en que el mundo y las acciones se suponen divididas en buenas y malas, o por una propensión previa que inclina a ciertas personas moralmente poco desarrolladas hacia la docencia juvenil...

XAVIER BRU DE SALA, «Primarios morales»
(*El País*, 22 de julio de 1999)

A los profesores

AVISO. Los nombres de alumnos y profesores son inventados y las
anécdotas han sido reelaboradas.

PRIMER TRIMESTRE

Te destinan a una población donde nunca antes habías puesto los pies. Aterrizas en el corazón de una ciudadanía, en el tuétano de la parte sensible: la juventud en formación.

Éste será mi sexto año como profesor de Lengua y Literatura de secundaria en la enseñanza pública.

Hasta finales de agosto no he sabido a dónde se me destinaba.

El día 1 de septiembre, los profesores hacemos acto de presencia en los institutos. Dedicaremos las dos semanas que faltan para que empiece el curso a prepararlo, pero nos tendremos que mover en una cierta provisionalidad hasta que no estemos todos. Faltan por llegar los profesores interinos—profesores sin oposiciones—, que no sabrán a dónde se les destina hasta alrededor del día 5 de septiembre. Algunos conocerán el destino veinticuatro horas antes del inicio del curso o incluso después, una vez comenzado.

En Cataluña hay cerca de cuarenta mil profesores, unos tres mil de Lengua Castellana. Hay más de quinientos centros públicos de enseñanza secundaria. Me han enviado a este pueblo de la costa porque está lejos de las capitales y el tren no llega aquí. En relación con otros emplazamientos, no hay demasiadas peleas para venir a trabajar a este instituto.

El instituto está delante de una plaza dura que cubre un parking. En un ángulo de la plaza hay un gran carrusel que gira sobre sí mismo, lentamente. Septiembre. Los turistas se pasean por las calles en pantalón corto. La realidad del instituto se superpone a la realidad de las vacaciones, como si una de las dos funcionase a destiempo. Hay grupos de extranjeros en las aceras. Algunos se sientan encima de las maletas. Esperan a que vengan a recogerles para reexpedirles hacia sus países. Van pasando autocares.

El primer día de presentarme a un equipo directivo y unos profesores desconocidos es muy parecido al primer día de dar clase a un alumnado nuevo. ¿Cómo me irá con esta gente? ¿Saldré adelante? ¿Estaré a la altura? Es el primer contacto con una serie de personas con las que trataré a diario, durante diez meses. No será extraño que alguna de estas personas que aún no conozco haya de recordarla después toda la vida, tampoco vivimos tantos años.

Los flujos, meandros, remolinos y saltos de agua, el discurrir del curso, dependerá principalmente de cómo encaje entre unos determinados profesores y alumnos. Trabajo sobre personas, como los médicos, como los jueces, como los guías turísticos o el personal de las prisiones...

Llego al centro con la sangre removida por el miedo y la ilusión. La noche antes, me ha costado dormirme. Se me han abierto los ojos de madrugada, he empezado a revolverse en la cama, me he enredado con las sábanas y he quedado preso y angustiado como una momia viva. Me he levantado, he ido al lavabo y entonces he recordado qué me sucedía: al día siguiente empezaba. Cada año es igual. La noche antes de la primera clase volverá a pasarme lo mismo.

El instituto ocupa unos locales del ayuntamiento que han sido habilitados para dar clases. En la secretaría se hacen las primeras presentaciones. Apretón de manos con los

hombres, besos en las mejillas con las mujeres. La administrativa del centro me pide que le rellene un impreso. El conserje me da la llave de las aulas.

—Cuando los alumnos no están, las aulas tienen que estar siempre cerradas con llave—me dice.

Constantemente entran y salen personas de secretaría. En un determinado momento, aparece el director del centro. La administrativa nos presenta. Le doy la mano.

El director es profesor de Lengua y Literatura Castellanas, como yo. Es un hombre corpulento, que impone. Un aspecto muy adecuado para un director de instituto, pienso, siempre que sólo sea eso: el aspecto. Tengo mis ideas sobre las virtudes de un director.

—Algún día nos construirán el instituto—me comenta—. De momento, hay lo que hay. Si me acompañas, haremos una visita guiada.

Le sigo. Me enseña los departamentos, la sala de profesores, los lavabos y las aulas. Son unas aulas desiguales, irregulares, de techo alto, distribuidas en dos pisos, con pasillos laberínticos, o me lo parece.

El hombre tras la mesa llena de papeles escritos, concentrado en la pantalla del ordenador, con el índice sobre un impreso al que de vez en cuando echa un vistazo, es el jefe de estudios. En seguida me hace notar algo que yo ya había descubierto por mi cuenta:

—Este instituto es de los pequeños.

Estamos solos en el despacho de dirección.

—Menos mal que sólo damos ESO y bachillerato y no tenemos ningún ciclo formativo: no cabría.

Me mira, abre una carpeta azul y empieza a revolver los papeles que hay dentro.

—¿Cuántos profesores somos?—le pregunto.

—Si no hay cambios de última hora, treinta y dos. Treinta y dos profesores para unos trescientos alumnos. Tene-

mos dos grupos-clase para cada uno de los cuatro cursos de ESO, y después, en bachillerato, un grupo-clase en primero y otro en segundo.

—Ya me va bien. Prefiero los institutos pequeños.

Levanta la mirada y asiente con la cabeza:

—Dímelo a mí, que soy el jefe de estudios. En un centro pequeño, el alumnado es más controlable. Son más conscientes de ellos mismos... El descontrol tiene un crecimiento exponencial. Pero el gran problema de este instituto es el espacio. Es un instituto pequeño.

—Por lo menos no son barracones.

—De acuerdo. Pero no tenemos patio, ni ningún tipo de instalación deportiva—dice, mientras vuelve a hurgar en la carpeta—. Los chavales tienen que hacer gimnasia en el pabellón municipal, en la otra punta del pueblo. No hay derecho. El día que falta el profesor de Educación Física los alumnos no pueden ir al pabellón, y entonces no sabemos dónde meterlos, porque aquí no nos queda ni una sola aula disponible para un caso de necesidad. ¡No me digas que esto es normal! Tenemos todas las aulas ocupadas, todas las horas. De hecho es un milagro que podamos funcionar. Te lo digo yo, que me ocupo de la distribución de las aulas.

—Y entonces, ¿qué se hace si un día falta el profesor de Gimnasia?

—Les hacemos pasar la hora en el patio.

—Pero ¿no me has dicho que no hay patio?

—Quiero decir en la plaza de aquí delante. Con un profesor que les vigile—se detiene. Parece que por fin ha encontrado el papel que buscaba—. El problema es cuando llueve—dice—. Pero espera a ver cómo hemos tenido que meter los ordenadores en el aula de informática... ¿No lo has visto? Échale un vistazo. Y de la biblioteca no digamos: ¡más que una biblioteca, parece un armario!

—Aun así, prefiero los institutos pequeños.

—Desde luego; dímelo a mí. Pero lo que es pequeño es el espacio.

—Claro. Ya lo entiendo.

Me alarga un papel encabezado por mi nombre:

—A ver qué tal—dice.

Cojo el horario con la mano derecha. Tengo la izquierda escondida detrás de la espalda, con los dedos cruzados. Se me revuelve el estómago. En este papel está escrito mi trabajo, las materias que me tocará impartir, el alumnado que tendré...

En junio debieron de distribuir los cursos entre los profesores. Pero en junio yo no estaba. ¿Me tocará dar algún bachillerato? ¿Me tendré que pasar el curso impartiendo ESO? Los alumnos más pequeños suelen quedárselos los maestros que con la reforma pasaron a dar clase en los institutos, pero ¿y si me han asignado los primeros y los segundos de ESO? ¿Y si me han cargado de créditos variables? Padre nuestro que estás en el cielo.

—En este instituto no tiene ninguna importancia llegar el último—me tranquiliza el jefe de estudios, y yo que ya veo lo que dice el papel abro unos ojos como platos—. Es tan pequeño que no hay nada para elegir. Sólo sois tres profesores de Lengua Castellana. Aparte del director, la otra es una profesora que viene de primaria, de manera que ella dará los primeros cursos de ESO. A ti te toca un crédito variable, un cuarto de ESO, y primero y segundo de bachillerato. ¡Ah!, y la Literatura Castellana de segundo y la Literatura Universal de primero...

¡Primero y segundo de bachillerato! ¡Ni siquiera me han nombrado tutor! Imposible. Literatura Universal. Literatura Castellana. Bachillerato. Primero y segundo de bachillerato. ¡Daré bachillerato! ¡Clases, contenidos, oficio, docencia! Podrían haberme tocado sólo cursos de ESO y créditos variables. Dios mío. Pero si acabo de llegar. Hay profesores que se pasan años y años esperando poder impartir estas materias. No es justo. No me lo merezco. ¡La Literatura Universal de bachillerato! ¡Y no soy tutor!

—Es lo que hay—me dice él—. Lo que cabe en este centro, vaya.

Le sonrío. Me cae bien.

Cuando salgo, cruzo la plaza dura y me paro a mirar el carrusel. Es precioso. Me pasaría la mañana contemplándolo. Pero no puedo entretenerme: tengo un par de semanas para prepararme el curso. Un par de semanas durante las cuales, además, tendré que venir al instituto cada día, a participar en reuniones y más reuniones antes de empezar las clases. Con lo bien que me habría ido poder prepararme las clases durante el verano, hacerlo con tiempo, profesionalmente, como Dios manda.

Pero el Departamento de Enseñanza ha tenido que esperar hasta finales de verano para asignarme centro. El Departamento hace este tipo de cosas. Confía en nosotros, los profesores, en nuestra capacidad de improvisación, en nuestra profesionalidad a prueba de bomba.

Viernes 12 de septiembre. El lunes empieza el curso. Acabada la reunión de profesores de Lengua Castellana—el director, yo y otra compañera de asignatura, una mujer de unos cuarenta años, pequeña y canosa—, antes de regresar a casa, me pierdo por los pasillos del instituto. Oigo cómo los demás profesores van dejando el edificio. Saludan al conserje:

—Hasta el lunes—dicen.

Doy una vuelta por las aulas vacías, la sala de profesores vacía, los lavabos vacíos, todo a punto para llenarse de voces y de movimiento. Qué soledad tan peculiar, la de las clases llenas de sillas y mesas desocupadas, esqueléticas. Qué limpieza impropia, la de la pizarra negra sin polvo de tiza, la de la papelera con el fondo brillante, la de los cajones vacíos de la mesa del profesor...

Contemplo por la ventana la plaza de abajo, las copas de los árboles y el carrusel que ahora no funciona.

Me distraigo un segundo.

Cuando vuelvo a la realidad, los alumnos ya ocupan las aulas.

El primer día de clase, a las ocho y veinte de la mañana, los adolescentes esperan en la calle a que suene el timbre. Paso por en medio del grupo de madres que han venido a acompañar a los alumnos más pequeños, los que empiezan a ir al instituto este curso. El resto de alumnos se apelotona alrededor de la puerta. Yo soy nuevo, pero ellos no.

—Por favor, por favor...—voy repitiendo, separando cuerpos, con la mano haciendo de espátula.

Como si oyeran llover. Hablan entre ellos, tienen los ojos muy abiertos, hay una cierta expectación, pero no se mueven.

—¡Profe! ¡Profe!—oigo que gritan detrás de mí. Me giro. Veo que se dirigen a otro profesor que me sigue y al que deben de conocer del curso pasado—. ¿Te vamos a tener este año?

—Podría ser—contesta el profesor, sonriente, aunque ya sabe la respuesta.

—¡Pues vaya palo, otra vez!

Hay confianza.

—¿Y ése quién es?—dice una niña, señalándome—. ¡Vaya cara de mala leche me ha puesto!

—¡Calla, tía, que te va a oír!—grita su amiga.

Consigo entrar. Saludo al conserje. En esto consiste el movimiento del primer día: tutores que buscan el aula, que hacen fotocopias, que consultan dudas de última hora al director y al jefe de estudios.

No deja de ser un ensayo general. El primer día no se da clase. Se presenta el curso a los alumnos de ESO: se les dan a conocer algunos aspectos de la normativa, el horario,